

Fragmentos de viajes



// Revista Espejo

El movimiento busca una excusa para su desvarío y por eso a los viajes les asignamos una llegada. Quizás poco importe que siempre estemos viajando, o que nunca haya un verdadero destino. Quizás poco importe que los cambios rueden en carreteras no pavimentadas y que el miedo a las alturas sea

igual que el de las profundidades. Los viajes sólo se revelan a los dueños de las mochilas. El resto sólo ve los fragmentos manchados de mundo, de cuartos, de motos, de infancia, de pesadillas. La visión cristalina de nosotros mismos nos saca del lugar que decimos ser y nos trae a lo que en verdad somos. El recorrido para armar el Espejo evoca todos los recorridos de aquellos que quisieron mirarse a través de los vidrios del tiempo. Aquí la verdad repetida sobre aquello que ocurre al leerlos:

VIAJE ALREDEDOR DE MI HABITACIÓN (1794)

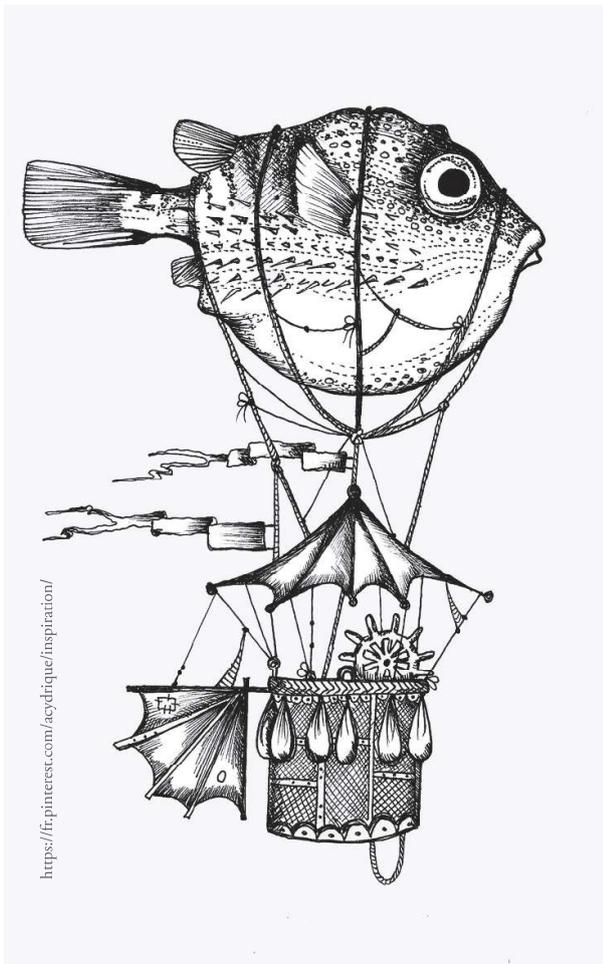
// Xavier de Maistre

Yo estaba en mi butaca sobre la que me había recostado, de manera que las dos patas anteriores se habían levantado dos pulgadas del suelo, y balanceándome a derecha e izquierda, ganando terreno, había llegado inconscientemente muy cerca del muro. Es el modo en que viajo cuando no tengo prisa. Allí mi mano había cogido mecánicamente el retrato de la señora Hautcastel, y la otra se entretenía limpiando el polvo que lo cubría [...]

A medida que el paño quitaba el polvo y aparecían los rizos de cabello rubio, y la guirnalda de rosas con la que estaban

coronados, mi alma, desde el sol a donde se había transportado, sintió un ligero estremecimiento de placer y compartió amablemente el gozo de mi corazón. Este gozo se hizo menos confuso y más vivo cuando el paño, de un golpe, descubrió la frente esplendorosa de este rostro encantador; mi alma estuvo a punto de abandonar los cielos para gozar del espectáculo. Pero aunque hubiese estado en los Campos Elíseos o hubiese asistido a un concierto de querubines, no habría permanecido allí ni medio segundo, cuando su compañera, mostrando siempre más interés por su tarea, se decidió a coger una esponja mojada que le presentaban y a pasarla de repente por las cejas y los ojos, por la nariz, por las mejillas, por esa boca, ¡ah, Dios! El corazón me late: por la barbilla, por el seno: fue cuestión de un momento; todo el rostro pareció renacer y salir de la nada. Mi alma se precipitó desde el cielo como una estrella fugaz: se encontró a la otra en un éxtasis encantador, y consiguió aumentarlo compartiéndolo. Esta singular e imprevista situación hizo desaparecer el tiempo y el espacio para mí.





<https://fr.pinterest.com/ceydrique/inspiration/>

EL BURRO

(*Los perros románticos*, 1993)

// Roberto Bolaños.

Y a veces sueño que el camino que nuestra moto o nuestro anhelo recorre no empieza en mi sueño sino en el sueño de otros: los inocentes, los bienaventurados, los mansos, los que para nuestra desgracia ya no están aquí. Y así Mario Santiago y yo salimos de la ciudad de México que es la prolongación de tantos sueños, la materialización de tantas pesadillas, y remontamos los estados siempre hacia el norte, siempre por el camino de los coyotes, y nuestra moto entonces es del color de la noche. Nuestra moto es un burro negro que viaja sin prisa por las tierras de la Curiosidad. Un burro negro que se desplaza por la humanidad y la geometría de estos pobres paisajes desolados. Y la risa de Mario o de la cabeza saluda a los fantasmas de nuestra juventud, el sueño innombrable e inútil de la valentía



<http://orthodromic.tumblr.com/>

PEQUEÑAS MEMORIAS (2006)

// José Saramago

Una luna llena, menos resplandeciente que la otra, lo iluminaba todo alrededor. Antes del lugar en que tenía que abandonar la carretera para cortar campo a través, el camino estrecho por donde iba pareció terminar de repente, esconderse detrás de una cerca alta, y me mostró, como impidiéndome el paso, un árbol aislado, alto, oscurísimo en el primer momento contra la transparencia nocturna del cielo. De súbito, sopló una

brisa rápida. Zarandó los tallos tiernos de las hierbas, hizo estremecer las navajas verdes de los cañaverales y ondular las aguas pardas de un charco. Como una onda, soalzó las ramas extendidas del árbol, le subió por los troncos murmurando, y entonces, de golpe, las hojas volvieron hacia la luna la cara escondida y el haya entera (era un haya) se cubrió de blanco hasta la rama más alta. Fue un instante, nada más que un instante, pero su recuerdo durará lo que mi vida tenga que durar. No había tiranosaurios, marcianos o dragones mecánicos, es cierto que un aerolito cruzó el cielo (no cuesta creer que sí), pero la

humanidad, como luego pudo comprobarse, no estuvo en peligro. Después de mucho caminar, todavía el amanecer venía lejos, me encontré en medio del campo con una choza hecha de paja y ramajes, y dentro un trozo de pan de maíz rancio con el que pude engañar el hambre. Allí dormí. Cuando me desperté,

con la primera claridad de la mañana, y salí, restregándome los ojos, a la neblina luminosa que apenas dejaba ver los campos de alrededor, sentí dentro de mí, si bien lo recuerdo, si no lo estoy inventando ahora, que había, finalmente, acabado de nacer. Ya era hora.

AURELIA O EL SUEÑO Y LA VIDA (1855)

// Gérard de Nerval.

Tendido sobre un lecho de campaña, creí ver desvelarse el cielo y abrirse en mil aspectos de magnificencias inauditas. El destino del alma libertada parecía revelárase como para darme el remordimiento de haber querido recuperar aplomo con todas las fuerzas de mi espíritu sobre la tierra que iba a dejar... Círculos inmensos se trazaban en el infinito, como las órbitas que forma el agua turbada por la caída de un cuerpo; cada región, poblada de figuras radiantes, se coloreaba, se movía y se fundía sucesivamente, y una divinidad, siempre la misma, reflejaba sonriendo las máscaras furtivas de sus diversas encarnaciones, y se refugiaba al fin, intocable, en los místicos esplendores del cielo de Asia.

Por uno de esos fenómenos que todo el mundo ha podido sentir en ciertos sueños,

esa visión celeste no me aislaba de lo que sucedía en torno mío. Acostado sobre el lecho de campaña, oía que los soldados hablaban de un desconocido, detenido como yo y cuya voz había resonado en la sala. Por un singular efecto de vibración, me parecía que esa voz resonaba en mi pecho, y que mi alma se desdoblaba, por decirlo así, distintamente dividida entre la visión y la realidad. Por un instante, tuve la idea de volverme, haciendo un esfuerzo, hacia la persona de quien se hablaba, luego me estremecí recordando una tradición muy conocida en Alemania, que dice que cada hombre tiene un doble, y que cuando él lo ve, la muerte está cercana. Cerré los ojos y entré en un estado de espíritu confuso en el que las figuras fantásticas o reales que me rodeaban se rompían en mil apariencias fugitivas. Un instante vi cerca de mí a dos de mis amigos que me llamaban; los soldados me señalaron; luego se abrió la puerta y alguien de mi estatura, de quien no veía el rostro, salió con mis amigos a los que yo llamaba en vano. -¡Se equivocan! -grité, ¿es a mí a quien buscan y otro ha salido en mi lugar! **E**

